



el tlacuache

S U P L E M E N T O C U L T U R A L

Génesis de una sociedad barroca: el México virreinal del siglo XVII

Mtro. Israel Lazcarro Salgado
Centro INAH-Morelos

De viajar en el tiempo, sin duda nos sorprenderíamos al ver lo extraño que nos parecería el México de hace 350 años, y sin embargo, a pesar de sus exóticas formas, lo sorprendentemente familiar que nos resultaría. Si marcháramos aquellos Caminos Reales, y nos adentráramos en las principales ciudades novohispanas del año 1653, ya sea que se trate de la "Muy noble e insigne, y muy leal e Imperial Ciudad de México", o bien, de la "Muy noble y muy leal Ciudad de Puebla de los Ángeles", no sólo encontraríamos pies indígenas descalzos marchando junto a las ruedas de lujosos carruajes sobre empedradas callejuelas, veríamos mucho más. Como los títulos antes citados nos pueden advertir, las ciudades como las personas, gozan y rivalizan por su jerarquía. Por poner un contraste, en esa época la élite gobernante de Cuernavaca (los funcionarios civiles del Marquesado del Valle), sin duda se paseaban orgullosos tras el otorgamiento del título de Alcaldía dado a Cuernavaca unos pocos años antes (en 1646). En ese entonces, sólo la ciudad de Puebla (es decir, su cabildo y demás habitantes ilustres) era capaz de desafiar a la ciudad de México para convertirse en la capital del virreinato, cosa que evidentemente nunca logró, más la rivalidad entre ambas ciudades, entre el Virrey y el Arzobispo, y entre estos y los cabildos, alimentaron rencillas y pugnas, que acabaron en escandalosas denuncias públicas, juicios inquisitoriales, destierros y sospechosos fallecimientos. La jerarquía entre ciudades, pueblos, familias, vecinos, congregaciones religiosas, colegios, lo mismo que entre la sangre y el idioma utilizado, lo organiza todo, de manera que los símbolos con que se le enuncia, se disputan bajo todas las formas, legales e ilegales.

Aunque nos parezca sorprendente, el arreglo de los matrimonios, el prestigio y el atractivo de las personas, pasaba también por la nobleza y alcurnia reconocida a sus ciudades de origen, y el sitio donde habitan. Vivir en el centro de la ciudad, frente a la plaza central, o algunas calles más lejos, supondrá grandes diferencias. *Vivir al otro lado del río*, sin duda, elimina cualquier mérito posible. A mediados del siglo XVII la mayor parte de las edificaciones urbanas son de adobe y madera, con gruesos vidrios en las ventanas y techos inclinados con tejas de barro. Entre estos edificios, sobresalen los suntuosos palacios, iglesias y conventos, hechos de piedra. En los pueblos indios, hasta las iglesias son modestas, hechas de adobe y madera con techos de palma. Desde luego, hacia 1650 eso está por cambiar: la sociedad novohispana compite por la edificación de templos y palacios cada vez más suntuosos, con fachadas en piedra y pórticos labrados cada vez más caprichosos y exuberantes. Ciertamente las ciudades son un teatro, donde los personajes más poderosos dominan la obra paseándose en el escenario, ostentando ropas, insignias y sirvientes que, como un séquito les siguen compitiendo en brillo y solemnidad. Los pobres y pordioseros nunca faltan, exaltando al Señor en turno, en espera de alguna dádiva. Si hoy en día puedo decir que la mexicana es una sociedad barroca, sin duda es porque fue en ese insólito siglo XVII en el que muchísimos aspectos culturales que hoy tenemos por característicamente "mexicanos" se forjaron y asumieron las formas que hoy reconocemos.

Es posible viajar en el tiempo mirando nuestro presente; mas es necesario verlo a profundidad. Características "típicamente mexicanas" son las festividades del Día de Muertos, el papel picado, el pan de dulce o las piñatas, lo mismo que el traje de charro, el son jarocho, los tacos de suadero y el mole. Por otro lado, rasgos que para muchos son también nuestros más terribles defectos, desde la impuntualidad hasta el amiguismo, pasando por nuestra querida proclividad a las pachangas a media semana, la prepotencia y la ostentación de privilegios, así como la obstinada lucha por la obtención de prestigio, sin duda caracterizan a nuestra actual y moderna sociedad de clases. Pues bien, todo ello tiene su génesis en ese complicado siglo. Veamos: los pueblos indígenas que sumaban millones de personas en el siglo XVI, habían padecido un escalofriante derrumbe demográfico a principios del siglo XVII, cuando los 25 millones de indígenas que había en 1519 en el centro del país, se habían reducido a poco más de medio millón en 1620: el 90% de la población indígena había desaparecido víctima de las epidemias. Esto obviamente implicó una transformación radical de la sociedad novohispana. El otrora vigoroso orden indígena que a mediados del siglo XVI aún conservaba cierto perfil



El barroco indígena en Tonantzintla

prehispánico, se desmoronaba a principios del siglo XVII. Ninguna sociedad, ninguna configuración cultural, podrán permanecer inmunes a semejante catástrofe. De ahí que el siglo XVII sea el siglo de las síntesis barrocas, de las tradiciones religiosas, políticas, artísticas, arquitectónicas, culinarias, musicales y lingüísticas, caprichosamente entreveradas; tal fue la respuesta de una sociedad diversa que se adaptaba e integraba los efectos de un derrumbe demográfico insólito.

Para empezar, grandes cantidades de tierras pertenecientes a los Pueblos de Indios (como se les llamaba a los asentamientos indígenas que integraban estas "Repúblicas de Indios") quedaron despobladas, y fueron rápidamente acaparadas en el curso del siglo XVII por colonos españoles y mestizos, que se apropiaron ilegalmente de ellas para destinarlas a la ganadería y al cultivo de productos comerciales como el trigo y la caña de azúcar. Los pueblos indios sobrevivientes, debieron ingeniárselas para adaptar su cultura y ritualidad, a las normas, imágenes y estética de la sociedad europea que entonces logró imponer sus formas con mayor fuerza. Los pueblos indios sobrevivientes, replegados en lo poco que pudieron conservar de sus territorios gracias a los largos y costosos pleitos legales que enfrentaron, habían sido obligados a congregarse por "barrios", en pequeños pueblos con traza reticular, que desde entonces crecieron en torno a una pequeña iglesia. Atrás quedaron los enormes conventos y monasterios, semivacios e inútiles ante una población indígena reducida. En cambio, aquellas pequeñas iglesias, se convirtieron en emblemas identitarios y territoriales, que se fueron enriqueciendo con santos e imágenes sagradas cada vez más ostentosas, con las que compitieron con otros pueblos en búsqueda de prestigio.

Adornando su iglesia, los pueblos indios podían librarse del pago de tributos que debían dar tanto al rey, como a otros pueblos indígenas, los pueblos "cabeceras", donde vivían prepotentes y europeizados caciques que se beneficiaban de estos tributos. La cultura material lo mismo que la vida ritual indígena, se había transformado. Para 1660 aquellos pueblos indios, a los que se les imponía vestir con jubones de manta y el pelo recortado, habían incorporado perfectamente el culto a los santos, el calendario litúrgico católico y los misales en latín, lo mismo que el trigo, la carne de res, el uso de burros y caballos (aunque se les prohibiera montar estos últimos), la cría de pollos y cerdos, y el trabajo con machetes. Mientras tanto las élites gobernantes indígenas se mandaban hacer genealogías para probar ser descendientes de Moctezuma o de algún célebre gobernante prehispánico, y con ello vivir como nobles al estilo europeo, acarreado así una insólita carrera entre indígenas adinerados por "demostrar" alcurnia, paseándose entre blancos y mestizos, montados a caballo, con espada "para ornato de su persona", con capas, sombreros y pelucas como cualquier caballero europeo. No faltaban las denuncias de sus rivales, que pretendían mantener el uso exclusivo de estas vestimentas.

A fin de escapar del poder ejercido por estos caciques europeizados, los pueblos indios luchaban por la autonomía de sus pueblos. Es así que el barroco indígena que hoy podemos apreciar en muchas iglesias de numerosos pueblos (como el emblemático caso de Santa María Tonantzintla, y otros pueblos aledaños en Puebla), tuvo su origen en esta competencia entre pueblos. El lujo de muchas de las iglesias coloniales de diversos pueblos mexicanos, es expresión de su riqueza, producto de los ingresos monetarios obtenidos en las diversas empresas comerciales comunitarias



Como te ven te tratan

en las que los pueblos indios se fueron especializando: desde la producción y venta de maíz, trigo, panela, pulque, jarcería y productos de barro, hasta la elaboración y comercio de textiles, cecinas, chocolate y colorantes (como la codiciada grana cochinilla que significó la riqueza de los pueblos indios oaxaqueños), e incluso, de instrumentos musicales (en los que se especializaron los pueblos indios michoacanos, como Paracho). Guitarras, violines y vihuelas, eran ciertamente muy populares en la sociedad novohispana del siglo XVII, animando fiestas y “mitotes” (es decir bailes, del náhuatl *mitotia*) en las calles de pueblos y ciudades, en ocasión de cada fiesta patronal. Hombres y mujeres de todas las clases, en estos contextos festivos y religiosos, se daban al baile con músicos indígenas, mestizos y mulatos, que interpretaban brillantes danzas barrocas (antecedentes de sones y huapangos). Los títulos de las piezas musicales, iluminan parte de este mundo: *Tíos mío, mi corazón; Guarda la fiera; Oy descubre la grandeza; Andrés do queda el ganado*; entre muchas otras obras, de donde el género novohispano “Chacona”, que fuera ampliamente difundido (e inútilmente prohibido por las autoridades novohispanas), fue acogido exitosamente en Europa por músicos tan célebres como Johan Sebastian Bach. Algunas de estas danzas habían sido compuestas por músicos indígenas (como el célebre Don Hernando Franco a finales del siglo XVI) que se habían formado en alguna de las múltiples cofradías religiosas que se habían creado en sus pueblos, al cobijo de su iglesia y su santo patrono. Gaspar Fernández fue otro de esos grandes músicos que compusieron magníficas obras en lengua indígena, como *Dios itlazontzine, Tleycantimo choquiliya, Xichochi conetzintle*, que son solo algunos pocos ejemplos de la producción musical novohispana. Las bandas de pueblo que subsisten hasta hoy (notablemente en el caso de las comunidades mixes, zapotecas y mixtecas en Oaxaca) deben su origen a esta dinámica social y constituyen un eco sonoro de aquellos tiempos. Así pues la sociedad novohispana era una sociedad que ciertamente bailaba y cantaba en las calles.

La catástrofe demográfica del siglo XVI tuvo también otros efectos: la tierra que fue acaparada por aquellos colonos españoles y mestizos, dio lugar al auge de haciendas e ingenios azucareros, que en el siglo XVII detonaron toda una industria culinaria que hasta nuestros días es emblemática de nuestra cultura: pan y azúcar. El pan de dulce, cuyas formas, tamaños, colores y sabores se multiplicó desde entonces, refleja con sus múltiples y caprichosos nombres la sociedad barroca que le dio origen. Sin embargo la caña de azúcar no sólo endulzó los alimentos de México y Europa de aquellos años (incrementando desde entonces el consumo mundial de azúcar), sino que al empezar a producirse en grandes cantidades, incrementó también el consumo del aguardiente y del ron, que desde entonces caracterizan también a muchas de nuestras poblaciones de tierra caliente.

En general los cañaverales y la ganadería tuvieron un impacto profundo en el paisaje. Los cañaverales, ingenios y trapiches se multiplicaron al punto que su consumo de agua (y gracias a una sofisticada infraestructura hidráulica), dejaba sin el vital líquido a poblaciones indígenas enteras, tal como sucedió con los pueblos indios de Morelos, que en algunos casos debieron conformarse con apenas el 4% de los caudales. Desde entonces los cañaverales y demás ranchos de ganado invadieron bosques y selvas del extenso territorio novohispano. Ciertamente los cañaverales y los ranchos de ganado trastornaron la ecología del actual territorio morelense. En general la ganadería tuvo un impacto profundo en los paisajes serranos de Puebla, Veracruz, Hidalgo o Oaxaca. Así por ejemplo, hoy es famosa la barbacoa de hoyo hidalguense, cocida con pencas de maguey; no obstante, esa exquisitez culinaria está ligada a lo que alguien llamó una “plaga de ovejas”, las que por miles, arrasaron la escasa vegetación del Valle del Mezquital, convirtiéndolo en el estéril semidesierto que hoy conocemos. Lo cierto es que como la barbacoa nos lo demuestra, la ganadería no sólo tuvo efectos demográficos y ecológicos; también fueron culinarios y culturales: se gestó nuestro gusto por los tacos de carmitas, barbacoas y cecinas (en cuya producción se especializaron pueblos como Yecapixtla o Amecameca). Por otro lado, en torno al auge ganadero que el despoblamiento había hecho posible, también se conformó una sociedad especializada, diestra en el manejo de toros y caballos: la charrería. “Charro”, fue la palabra de origen vasco que se aplicó a esta sociedad ranchera compuesta de arrieros, peones y jornaleros, típicos de las haciendas de Nueva Galicia (el actual Jalisco, Zacatecas y Aguascalientes), y de Nueva Vizcaya (donde los arrogantes vascos obtuvieron enormes latifundios a partir del siglo XVII); gente pobre que vestía el típico atuendo andaluz, con sombrero, chaleco y faja, a los que la élite vascuense llamó *charros* para significar “tosco”, “burdo”. Los charros dominaron así el Occidente novohispano. Rastro de esa dinámica ganadera, queda en cada población indígena y mestiza actual, donde el jaripeo es una de las principales diversiones.

Como resulta evidente, las diferencias étnicas y de origen inciden claramente en la jerarquía. Así pues la sociedad novohispana del siglo XVII era una sociedad donde los españoles criollos rivalizaban con los peninsulares, disputándose títulos, nombramientos eclesiásticos y oficiales como jueces, alcaldes y corregidores, para poder así enriquecerse. Alcanzar un cargo como funcionario real, implicaba la posibilidad de explotar el mercado negro: el tráfico de artículos de contrabando (que los piratas holandeses e ingleses se encargaban de surtir en diversos puntos del litoral mexicano), lo mismo que la venta forzosa de esos productos a los pueblos indios que tenían a su cargo. Era común que un corregidor obligara a una familia indígena a comprarle decenas de pares de zapatos (que los indios casi no utilizaban), pues tal era la mercancía que traficaba el funcionario. De esta manera, convertirse en Corregidor o Alcalde mayor, constituía la manera más fácil de apropiarse de los recursos económicos de las poblaciones indígenas. Estas no sólo padecían los



Sin lugar para el vacío

abusos de los funcionarios reales sino también de los eclesiásticos: curas y frailes exigían todo tipo de servicios (desde dinero, trabajos domésticos, ropas y alimentos, hasta sexo), a cambio de su apoyo para la disminución del pago de los reales tributos, en el mejor de los casos, o por medio de golpizas, como sucedió en otros lados.

Aquella era una sociedad donde los negros y mulatos eran temidos por los mismos pueblos indios en tanto que los tenían como capataces en minas y trapiches. Fieles a su amo español, a los negros se les confiaba el deber de amenazar y golpear a los peones indígenas puestos bajo su mando. Notablemente los indios asociaron a la población de origen africano con los agentes más peligrosos y malignos del cosmos. Sin embargo, no faltaron esclavos negros que apenas llegaban a las costas novohispanas, se escapaban (como negros “cimarrones”, fugitivos) para formar poblaciones irregulares, fundiéndose con aldeas indígenas (de donde los usos culturales de origen africano, han quedado perfectamente integrados en nuestra cultura: desde el uso de máscaras carnavalescas hasta la marimba). Negros, mulatos, indios, mestizos, blancos, aludían en realidad a grupos de derechos y privilegios diferenciados, que guardaban más relación con los títulos de parentesco y las alianzas instituidas, que con el color de piel. Ciertamente es que en el siglo XVII la gente se distinguía por la estirpe de sus títulos, riqueza y origen, pero no había sistematizado las “mezclas” de sangre como sucedió a finales del siglo XVIII cuando se dio lugar a un sinfín de categorías (“castizo”, “cambujo”, “lobo”, “salta pa’ tras”, “tente en el aire”, etc.), cuando empezaron a imperar criterios propiamente *racistas*. A mediados del siglo XVII esas distinciones aún no se producían.

La del siglo XVII es una sociedad barroca donde el clero secular arrebató (a veces de manera violenta) las parroquias del clero regular, y se robaba imágenes sagradas para lograrlo (como sucedió en la famosa “toma de Tlaxcala” bajo el comando del Obispo Palafox y Mendoza); donde los altivos esclavos negros eran un artículo de lujo que los más ricos presumían, y como tales, se pavoneaban en las plazas (derritiendo el corazón de las mujeres blancas). Era una sociedad donde los vascos presumían nobleza frente al resto de los españoles, y prepotentes ocupaban los mejores lugares, sea en colegios o instituciones, en misas o en procesiones. Donde los mestizos y demás castas, sin poder tener tierras, abarrotaban las calles de las ciudades como vendedores ambulantes, donde jugaban y estafaban a los indios que iban a vender mercaderías. Donde los sirvientes chinos y filipinos eran empleados de confianza, mientras que los mestizos y españoles pobres, junto con negros libres se caracterizaban por ser desordenados y pendenciosos, armando alborotos urbanos, instigando a los indios que huían de los tributos de sus pueblos, para que bebieran, emborrándolos a fin de endeudarlos y quedarse con sus tierras. En general hablamos de una sociedad signada por sus solemnes excentricidades, su festiva cual desorganizada vida cotidiana, enmascarada y vestida bajo aparatosos rituales. Donde las mezclas de colores, sabores, sonidos y el atiborramiento de signos, aplacan sin duda el horror al vacío. Una sociedad donde la apariencia y el estatus lo son todo. Tal era el pintoresco cuadro que presentaba aquella sociedad virreinal del siglo XVII. Un cuadro que sin duda por exótico, nos resulta a la vez tan familiar y tan próximo, y cuyo sabor paladeamos de múltiples maneras.

Para leer más:

Razas, clases sociales y vida política en el México colonial (1610-1670); de Jonathan Israel, FCE, México, 1999.

Mujeres de origen africano en la capital novohispana. Siglos XVII y XVIII, de María Elisa Velazques, INAH-UNAM, México, 2006.

Cuando los banqueros eran santos. Historia económica y social de la provincia de Tlapa, Guerrero, Daniele Dehouve, México, Universidad Autónoma de Guerrero, México, 2001.

Plaga de ovejas. Consecuencias ambientales de la conquista de México, Elinor Melville, FCE, México, 1999.



La sociedad barroca novohispana

Así se vestía antes. Atavíos del México prehispánico

Arq'lga. Ivonne E. Giles Flores

A través del tiempo numerosos hallazgos arqueológicos han permitido recuperar elementos que se han caracterizado por sus exquisitas cualidades técnicas y estéticas como bien lo podemos apreciar en las piezas completas e incluso en los fragmentos de textiles, lo que ciertamente no es muy común en muchas ocasiones. Uno de los principales rasgos que le da valor a una colección es su buen estado de conservación a pesar de que las piezas o fragmentos son muy frágiles. Es el caso de las agujas que fueron elaboradas en diferentes materiales o bien, los propios textiles, todo lo cual nos ha permitido conocer parte de los procesos de elaboración, así como de la manera en que las mujeres y hombres vestían antes de la llegada de los españoles.

Durante aquellos siglos previos a la invasión europea, la gente vestía con la ropa que ella misma producía, elaborándola a base de fibras naturales como el algodón, henequén, yuca, palma o maguey. Ciertamente el algodón lo utilizaban, por lo general, los señores o la clase alta, mientras que la gente común utilizaba fibras que se extraían del maguey o del henequén entre otros.

La vestimenta que utilizaban las mujeres en la época prehispánica, tenía el propósito de marcar una diferenciación social y étnica, dando lugar a prendas y diseños cuya tradición cultural que se fue acumulado por varios cientos de años, además de todo el proceso tecnológico que se fue desarrollando en función de diversas representaciones y tipos de decoración, logrando de esta manera transmitir apropiadamente su identidad.

Básicamente la vestimenta de la mujer consistió en tres prendas: el huipil, el quechquémitl y el enredo o falda. El huipil era una túnica sin mangas, con una abertura para el cuello y dos laterales para los brazos; cubría el torso y se elaboraba uniendo dos lienzos rectangulares mediante una costura o un borde llamado randa, que se coloca para evitar que se rasgue la tela. Su colorido y decoración eran de lo más variado, elaborando excelentes bordados y brocados de diversos colores o de un solo color, hasta el uso de plumas con diseños que denotaban pertenencia a un grupo.



El quechquémitl, triangular, cubría el pecho y se distribuía en torno al cuello. Generalmente esta vestimenta estaba asociada a las deidades del vino y del pulque; como por ejemplo, la diosa azteca Mayahuel.

El enredo es una pieza rectangular que envolvía el cuerpo de la mujer, desde la cintura hasta los tobillos o en otros casos llegaban a la altura de las rodillas. Dependiendo del tamaño, el enredo quedaba sin pliegues o con pliegues y generalmente era sostenido con una faja bordada: "además de usar su huipil y naguas, se visten otro género de vestidura entera y zerrada que les cubre desde los hombros hasta media pierna a la iglesia van con cobijas de lienzo, y muchas las llevan con muchos deshilados, randas y puntas".

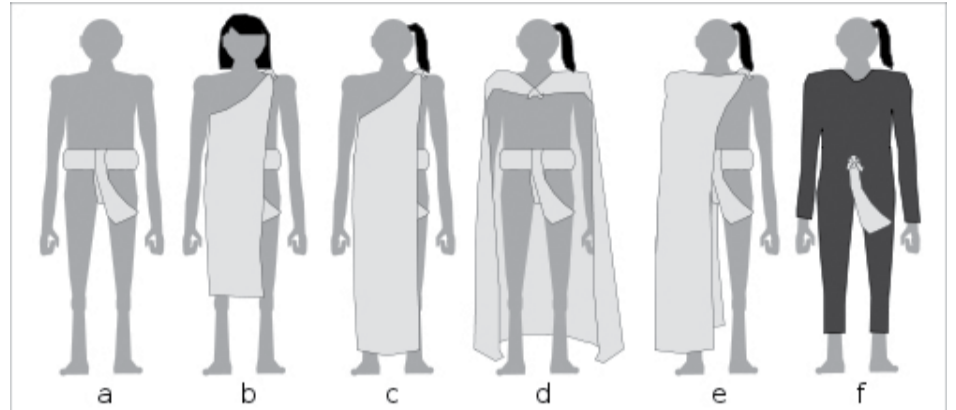
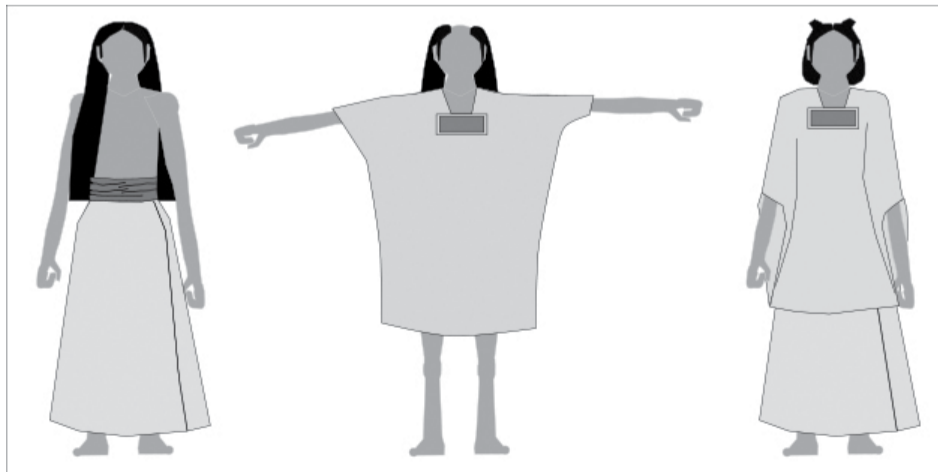
Para complementar el atavío utilizaban cintas de colores con las que se adornaban el cabello. Además usaban adornos como collares, pulseras orejeras, narigueras y brazaletes, elaborados en diferentes materiales como jade, concha, etc.

Al igual que las mujeres, los hombres utilizaban primordialmente tres prendas: máxtlatl, el tilmatl y los paños lumbares. Estos últimos al parecer, estaban asociados generalmente a cierto tipo de especialistas. Ahora se explica cómo se usaba cada una de las prendas:

El máxtlatl o taparrabo era una prenda en un lienzo o tira rectangular larga, hecha de algodón o ixtle: "...y se dice que traían mantas de henequén que usaban maxtles, con que tapaban sus vergüenzas la gente común; y los principales, mantas de algodón puntadas y maxtles de algodón labrados. Los maxtles se le llamaba a una tira de lienzo tan ancha como una mano y un poco mas larga que una vara y daba vuelta a la cintura y cogía la vuelta, por debajo, sus vergüenzas, y daba un nudo delante y lo que sobraba colgaba por delante. Y las mujeres traen naguas y huipiles muy galanos".

El tilmatl, es una capa que cubría casi todo el cuerpo (hasta el medio muslo), elaborada en algodón o de ixtle, según la posición social del individuo. Algunas estaban decoradas con plumas, bordados, u otros ornamentos.

El paño lumbar se ataba a la cadera; siempre se portaba encima del máxtlatl y al parecer lo podían portar todas las clases sociales, lo único que lo diferenciaba era el tipo de material con el que estaba elaborado, además de la decoración que podía ser muy sencilla o compleja. Este paño lumbar generalmente estaba asociado a las figuras del guerrero, el músico o el cargador, como lo destacan las investigadoras Lavín y Balassa.



Por otra parte las fuentes y documentos históricos nos informan del uso del algodón, del maguey o henequén, para la elaboración de ropa como lo menciona Sahagún en su libro de la Historia General de las cosas de la Nueva España: "El que vende mantas delgadas de maguey suele tener lo siguiente: conviene saber, saber tostar las hojas de maguey y rasparlas muy bien, echar masa de maíz en ellas y lavar bien la pita, y limpiarla y sacudirla en el agua; y las mantas que vende son blancas, adobadas co masa, bruiidas, bien labradas y de piernas anchas, angostas, largas o luengas, gordas o gruesas, tiesas, o fornidas; al fin todas las mantas de maguey que tienen labores. Algunas venden que son muy ralas, que no parecen sino tocas, como son las mantas muy delgadas, tejidas en hebras de henequén y las hechas en hebra torcida; y por el contrario algunas que son gordas y bien tupidas y bien labradas, y otras bastas, gruesas, ora sean de pita ora de hilo de maguey." Afortunadamente, hoy en día podemos aun apreciar la indumentaria de los diferentes grupos indígenas, así como la asimilación del uso de diferentes materiales para la confección de sus vestimentas, conservando de esta manera su identidad.

Para leer más:

Relaciones geográficas del siglo XVI: México. Tomo primero. Universidad Nacional Autónoma de México, México, Acuña, René (editor), 1985.

Museo del Traje Mexicano. Volumen I: El mundo Prehispánico. Lavín, Lydia y Balassa, Gisela; ed. Clío - Sears, México, 2001.

Mil años del tejido en Chiapas: Una introducción a la colección Pellizzi de textiles de Chiapas. Morris, Walter F. Jr. Gobierno del Estado de Chiapas. Consejo Estatal para el Fomento a la Investigación y Difusión de la Cultura. DIF-Chiapas, Casa de las Artesanías de Chiapas, SNA JOLOBIL, S.C, México. 1984.

Crónica miscelánea de la Santa Provincia de Jalisco. Libro segundo Vol. II. Tello, Antonio Fray; Gobierno del Estado de Jalisco, Universidad de Guadalajara, INAH, México, 1945.

Historia General de las cosas de Nueva España. Sahagún, Fray Bernardino; Editorial Porrúa, México.



Tina Modotti. La pasión y el dogma

México – Italia, 2011 / 52'

Investigación, guión y realización
Laura Martínez Díaz

Sinopsis:

El arte, la militancia, el amor y la tragedia en la vida de la más importante fotógrafa del México de los años veinte: Tina Modotti

Cine Club del Palacio de Cortés

6.JUNIO.2013**19:00 hrs****Entrada gratuita****FJD**
Fototeca Juan Dubernard*Tina Modotti*
IMÁGENES DE UNA PASIÓNExposición Fotográfica Temporal
Inauguración**7.JUNIO.2013**
19:00 HRSMuseo Regional Cuauhnáhuac - Palacio de Cortés
Sala de Exposiciones Temporales
Centro Histórico
Cuernavaca, Morelos**CONACULTA**SINAFO
Sistema Nacional de Fototecas**el tlacuache**

CONACULTA • INAH

Matamoros 14, Acapantzingo, Cuernavaca, Morelos

www.morelos.inah.gob.mx

Órgano de difusión de la comunidad de la Delegación INAH Morelos

Consejo Editorial

Eduardo Corona Martínez
Luis Miguel Morayta MendozaIsrael Lazcarro Salgado
Raúl Francisco González QuezadaCoordinación editorial de este número: **Israel Lazcarro Salgado**
Diseño y formación: **Joanna Morayta Konieczna**

El contenido de los artículos es responsabilidad exclusiva de sus autores